

Dos pintores manchegos

EN los salones Macarrón han reunido sus obras dos pintores que, si están próximos por el lugar de su nacimiento, se apartan por caminos diferentes al emprender la marcha en busca de un estilo. López Torres ve las cosas a través de un cendal, y de tal modo hace sutiles las reverberaciones del sol sobre los campos manchegos, que, siendo ciertos los colores y precisos los contornos en su paisaje y composiciones, diríamos que sólo ha podido verlos el artista en un sueño. Los campos están inundados de luz que se quiebra en la parva y en los trigales, y, sin embargo, no nos deslumbra la violencia de sus destellos ni hemos de entornar los ojos para contemplar las lejanías. Es una luz cernida, más oro viejo de trigo que amarillo detonante de paja.

La Mancha vista por este pintor es amable, y se contempla sin desasosiego en los ojos ni fatiga en el pecho; camino que hemos recorrido una vez y otra, y que se nos aparece ahora, más que en la imprecisión de un recuerdo, con la exactitud de una visión de letargo que no deforma las imágenes, sino que las suaviza y hace del conjunto de ellas una canción de cuna. La Mancha es indudablemente así como la traslada a sus lienzos este pintor; sino que nos parece verla, apoyada la frente en los cristales de una ventana cuyos impalpables visillos no habíamos advertido antes.

Y este amor a lo velado, a lo tenue, lo muestra con mayor claridad en la claridad menor de dos naturalezas muertas; aquí está pura y diáfana, a pesar de los velos, la preferencia del pintor por la luz tamizada; aquí está su acierto mayor y aquí la obra más original suya. Porque en esos dos lienzos aparecen, más que en ninguna otra obra, su buen gusto en acordar los colores, su dibujo delicado, su arte en buscar las gradaciones de las claridades diversas, y ahí, como un símbolo, en esas finas transparencias, detrás de las que se ve parte de lo copiado, aparece la personalidad de un pintor.

López-Villaseñor marcha por otros derroteros; sus bodegones son más sobrios de composición, más fuertes de color y más precisos de dibujo. Su pintura, en general, en contraste con la de su paisano, tiende a salir bruscamente a la luz desde las sombras, y los claros-curos se hacen más violentos; pudiéramos decir que es más dura esta mano que empuja la imagen hacia el lienzo. En su obra principal, el retrato del señor Obispo prior de las Ordenes Militares, hay calidades que son un paso firme hacia lugar alto donde haya de asentarse un nombre; como los ropajes del mitrado, en el color de difíciles gradaciones, y en la naturalidad con que caen los paños y como la sencilla elegancia del dibujo en las tres cabezas que componen el lienzo.

Mariano Tomás.

(«Madrid».—6 de enero de 1948.)